



Con los pies en la cabeza: retos y posibilidades de la Gestión Cultural ante las transformaciones culturales del presente

Claudia Bibiana Castro¹

Resumen

En este artículo reflexionamos sobre los retos y posibilidades que tanto el campo como el pregrado en Gestión Cultural y Comunicativa tienen ante las transformaciones culturales y globales acontecidas en las últimas décadas. A partir de algunas experiencias profesionales y académicas –todas ellas atravesando mi condición personal–, discuto sobre la necesidad de repensar algunos marcos conceptuales y de intervención –que implican una dimensión ética– que le permitan a las y los gestores culturales realizar lecturas de los contextos y momentos particulares en los cuales se desenvuelven, sin perder de vista las implicaciones más amplias, así como las posibilidades que en tanto gestores “tramáticos” de la cultura tienen para aportar y potencializar diversos escenarios y procesos.

¹ Profesional en Gestión Cultural y Comunicativa de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente se desempeña como becaria del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires (Argentina) y forma parte del grupo de trabajo en “Culturas Populares y Masivas”. Se encuentra terminando su tesis de maestría en Comunicación y Cultura en la Universidad de Buenos Aires, relacionada con las músicas populares y los procesos de globalización. Paralelamente a sus actividades académicas, integra el colectivo artístico Guaia Mestiza.

Palabras clave: cultura, globalización, gestión cultural, retos, posibilidades.

Abstract

This article reflects on the challenges and possibilities that cultural and communicative management degrees and its field of action face with the cultural and global transformations of the last decades. Based on my personal professional and academic experiences I discuss the need of reassessing some of the conceptional structures and intervention frameworks, for them to arrive at an ethical dimension, making it possible to cultural managers to give lectures about the context and particular moments, without losing sight of the biggest implications, and to take advantage as cultural “framing” managers to provide and improve several scenarios and processes.

Key words: culture, globalization, Cultural Management, challenges, possibilities.

*“Siempre es bueno tener los pies en la cabeza,
dice mi taita.
Para que tus pasos nunca sean ciegos”
(Hugo Jamioy, 2005).*

Recuerdo que en 2005, cuando estaba concluyendo el trabajo de grado para recibirme junto con seis compañeras y compañeros como Profesional en Gestión Cultural y Comunicativa, decidí encabezar aquel documento con el poema de mi querido amigo camentsá Hugo Jamioy, que traigo nuevamente en este intento de reconocimiento del sentido de la Gestión Cultural. Luego de transitar por estos años y por diferentes lugares, personas,

por experiencias académicas, artísticas y profesionales, todas ellas personales, he podido constatar el planteamiento de que la Gestión Cultural es una apuesta por “caminar con los pies en la cabeza”, es decir, un camino que se construye pensando y creando y, viceversa, un pensamiento que se construye caminando, haciendo y explorando. Muchos expertos en el tema de la Gestión Cultural han señalado ese reto constitutivo del campo: tratar de articular los pensamientos y las acciones, la teoría y la práctica, aquellas escisiones por las cuales los científicos sociales en las últimas décadas han vertebrado sus más hondas discusiones.

Ante ese tamaño de reto seguramente sobresaldrán cuestionamientos: ¿Cómo llegar a superar las viejas dicotomías alimentadas por la razón instrumental moderna, las cuales han abierto profundas grietas entre el conocimiento científico y el mundo de la vida cotidiana? ¿Cuáles son las apuestas pedagógicas y los proyectos investigativos y extensivos que permiten ejercitar dichas sincronías? ¿Cómo equilibrar una propuesta académica que no se enmarañe en los extremos de un teorismo anquilosado o un empirismo ciego y que redunde en sus errores?

Luego de estos cuestionamientos, podríamos reconocer que aún siguen siendo más grandes las apuestas y los horizontes de la carrera de Gestión Cultural y Comunicativa, que las respuestas. Los diez años recorridos con los pies, los cuerpos, los afectos y las cabezas, sin lugar a dudas han dejado aprendizajes, logros, frustraciones y nuevos retos, ojalá los suficientes para seguir abriendo rumbos.

Si bien muchos de los que pasamos por este proceso de formación manifestamos una necesidad inaplazable por recibir más conocimientos administrativos, económicos, de *marketing* en el sentido en que la cultura continúa siendo un sector “subvalorado” y por lo tanto lleno de incertidumbres y disputas por los recursos disponibles, a estas alturas del camino considero que fue mucho más importante discutir sobre el sentido de nuestras acciones e intervenciones en el campo, que sobre las estrategias para conseguir recursos. No obstante, este último problema merece seguir siendo discutido y ojalá ahora cuente con mucha más fuerza dentro del programa académico y en la orientación de algunos docentes.

Mi interés en este ensayo tiene que ver con una reflexión sobre los cambios que se han dado como telón de fondo en el desarrollo de la Gestión Cultural; determinados problemas y circunstancias que caracterizan nuestro tiempo y espacio y que justamente nos han llevado a experimentar profundas transformaciones en las nociones que tenemos sobre esas mismas categorías. En pocas palabras, se tratará de pensar aquí sobre los cambios experimentados en nuestra cultura –aquella que definiremos con R. Williams (2001 [1961]) como “todo un modo de vida”–, no solo en tanto concepto, sino en términos del alcance que en la vida práctica ha llegado a tener y que, por lo tanto, le plantea apuestas y posibilidades a la Gestión Cultural.

Más allá de ilustrar dicha situación con argumentos cuantitativos que indican que la cultura ha empezado a aportar un rubro importante en el PBI de las naciones –tal como lo sostienen frecuentemente informes

financiados y elaborados por organismos supranacionales como el PNUD, Unesco o la OEI²– o resaltando los beneficios económicos que generan algunos sectores como las industrias culturales, el turismo cultural, el patrimonio, etc., nos interesa pensar sobre la manera en que dichas situaciones han afectado nuestro “modo de vida”, es decir, cómo esta consolidación de una esfera de la cultura ha modificado profundamente nuestras maneras de relacionarnos, de comunicarnos, de construirnos a nosotros mismos y, por lo tanto, de intervenir en el mundo, una situación que le plantea a la Gestión Cultural el reto de cómo encontrarse con su propio universo que es cambiante, dinámico, conflictivo y al parecer, cada vez más amplio.

Algunas de las transformaciones y procesos que pueden considerarse centrales en los últimos años y que pretendemos enunciar a modo de retos y posibilidades para la Gestión Cultural, tienen que ver con lo siguiente:

Una redefinición del concepto de cultura y la reapropiación de nuestra cultura

En la carrera de Gestión Cultural, una de las principales líneas de debate ha sido la búsqueda de diferentes perspectivas que permitan construir una visión lo suficientemente amplia de cultura; de allí su vocación interdisciplinaria. No obstante, debido

² Ver como ejemplo el documento “Análisis de la dimensión económica de la cultura” de Octavio Getino, disponible en: www.buenosaires.gov.ar/.../analisis_dimension_economica_de_la_cultura.

al legado mnemotécnico que ha heredado la universidad del sistema escolar tradicional, los conceptos parecieran transmitirse algunas veces de manera literal, sin un proceso de discusión acerca del por qué son útiles en nuestro contexto y para nuestro campo. Con el concepto de cultura tuve la experiencia de tener que memorizar la definición consignada en la Ley 397 –Ley General de Cultura–, y luego repetirla en voz alta para no tener la oportunidad de olvidarla. Si bien reconozco que dicha definición constituye nuestro marco de acción, insisto en que nos urge acercarnos a la teoría y a los conceptos en tanto construcciones que nos ayudan a entender e interpretar nuestra realidad y no al contrario, es decir, que nos alejen. Respecto del concepto de cultura, quisiera decir algo más, específicamente sobre el que circula en los ámbitos académicos: pese a que en nuestras definiciones reconocemos toda la diversidad de prácticas y expresiones que pueden llegar a constituir la, parece que en nuestras intervenciones seguimos anclados a una idea “civilizadora” y “artística” de cultura. Vinculo esas dos categorías porque están estrechamente relacionadas con aquel ideal cultivado por determinadas élites para quienes solo es posible encontrar cultura en las obras de arte, las expresiones letradas y las grandes intervenciones y escenarios. Pero honestamente tendríamos que ampliar esa perspectiva y pensar cómo se han consolidado históricamente las diversas culturas en nuestros países y cómo se expresan, qué significados guardan las prácticas de las culturas populares, o aquellas “estéticas expandidas” por las que apela la profesora Patricia Noguera,

Nos urge acercarnos a la teoría y a los conceptos en tanto construcciones que nos ayudan a entender e interpretar nuestra realidad y no al contrario, es decir, que nos alejen.

entendiéndolas como parte de un proceso de deconstrucción cultural:

“Dicha estetización es un proceso que pasa por una necesaria deconstrucción de los discursos de la estética moderna, para dar cabida a formas creadas por grupos o personas, donde los límites entre arte –en sentido ortodoxo–, ciencias, tecnologías, vida cotidiana y formas de mercadeo, ya no son ‘claras’ ni ‘distintas’ como lo hubiese querido el pensamiento cartesiano moderno” (Noguera, 2004: 119).

En relación con lo anterior, tendríamos que reconocer que durante el siglo XX la cultura tuvo un vuelco, ocasionado por el surgimiento y desarrollo de los medios de comunicación

y la implementación de tecnologías para la producción cultural, los cuales modificaron no solo los ámbitos y límites de la creación, sino que también transformaron nuestro *sensorium*³ cultural,

es decir, nuestra experiencia de mundo en el sentido en que grandes poblaciones tuvieron acceso a las producciones culturales que antes estuvieron destinadas a satisfacer a sectores estrechos de la población. Hoy día el consumo cultural ha superado las fronteras existentes entre arte y vida, y entre alta cultura y cultura plebeya, lo que para algunos autores contemporáneos constituye una “estetización de la vida cotidiana” (Featherstone, 2000), en donde cada quien cuenta con un capital

³ El concepto de *sensorium* fue utilizado por W. Benjamin (1973: 24) para entender las transformaciones que las nuevas tecnologías y la vida urbana estaban generando en la experiencia, cuyo fundamento no podría ser sino perceptual y cognitivo.

cultural, una valoración propia de lo que considera es “buena” o “mala” cultura.

Por otro lado, el planteamiento de una reapropiación de nuestra cultura tiene que ver con el reconocimiento de las características que en tanto habitantes de un contexto y un tiempo específicos nos hacen singulares. Como bien advirtió Renato Ortiz, los procesos de globalización ocurridos en el siglo XX estimularon a su vez fenómenos de relocalización o *glocalización*. Ante una lógica de homogenización impulsada por los medios masivos de comunicación, algunas identidades locales tendieron a fortalecerse y otras a dinamizar sus prácticas locales (Ortiz, 1998). Lo anterior también puede argumentarse a partir de la emergencia en las últimas décadas de corrientes de pensamiento como los estudios postcoloniales, feministas, de la complejidad, que justamente cuestionan los grandes relatos y categorías del pensamiento capitalista moderno y la teoría social clásica y apelan por la descolonización de los cuerpos y las mentes, por un reconocimiento de las singularidades y las nuevas subjetividades que como plantea sutilmente Carlos Yañez “buscan dar un significado a la vida” (2006: 7) y requieren de unas políticas de la diferencia.

Frente a dicho cambio de panorama y ante la necesidad de redefinir las maneras como entendemos nuestro “ser” y nuestro “estar” en tanto colombianas y colombianos, se me ocurre que podemos empezar a reconocer aportes que personas como Orlando Fals Borda le dieron a esa tarea que venimos aplazando. Luego de compartir con un boga (canoero) del río Magdalena, recuerda que este le habló de nuestra condición “sentipensante”, es decir, que combina la

razón y el amor, el cuerpo y el corazón y que encontramos en cualquier habitante de los trópicos andinos y amazónicos. El mismo Fals Borda insiste en una propuesta que denomina “endogénesis contextual”, refiriéndose a:

“la necesidad de confrontar y contextualizar los conocimientos y saberes que circulan por la Academia con las realidades propias, recreando a su vez esos conocimientos como resultado de esa interrelación” (Fals Borda, 2003: 19).

El autor insistió durante toda su obra en señalarnos que en nuestro contexto hay:

“un espíritu y un lenguaje propios que debemos empeñarnos en identificar, por ejemplo, recuperando la savia de nuestras civilizaciones ancestrales, sin dejar de reconocer el legado ortodoxo y europeo que cohabita en nuestra cultura” (Fals Borda, 2003: 19).

Nos cuesta reconocer nuestro pasado indígena, campesino, mestizo: seguimos viendo a los emberas⁴ como indigentes y a los afrodescendientes como inferiores o graciosos. Nos hace falta interpelar nuestra cultura y nuestros valores, conocernos.

Lo anterior no puede significar otra cosa que el estímulo a nuestra tarea de construir conocimientos locales con las colectividades con las cuales trabajamos. Es una invitación a aventurarnos en las indagaciones sobre la historia y las razones por las cuales se vive de determinada manera, pero no con el ánimo de estancar los procesos en regímenes del pasado ni en simples reconocimientos

⁴ Etnia colombiana ubicada en el piedemonte andino nortoccidental y en las selvas cercanas de la región del Pacífico.

teóricos, sino para recordar hacia dónde y cómo seguir caminando. Nuestro mundo cultural se mueve entre estas tensiones, lógicas, connivencias y es un reto para la Gestión Cultural reconocerlo, pensarlo.

Una cultura de las diferencias, la memoria y la paz

La necesidad de repensar nuestra cultura particular pasa también por reconocer otra característica que ha marcado nuestro pasado y nuestro presente, y pese a que siempre queremos ocultarla, inevitablemente asoma sus rostros en las calles y por las pantallas: una cultura de violencias y desmemorias. Aquí quisiera hablar de la experiencia que he tenido los últimos años en la Argentina, un país que luego de pasar por una dictadura militar en los años 70, hoy día ha institucionalizado una política y una cultura de la memoria a partir de la cual pretenden sanar heridas, exigir justicias, devolver identidades, pero sobre todo devolver dignidades y sueños de una vida en la que no quepan las desapariciones y las violencias extremas de unos contra otros.

“Colombia necesita con urgencia del mundo para no sucumbir en manos de la peste del olvido, del tiovivo de las guerras que nunca terminan, de la hojarasca de las dependencias” (Ospina, 2002).

William Ospina en su poderoso ensayo “Colombia en el planeta” (2002), nos llama

la atención sobre el estado de naturalización de las violencias y el olvido al que hemos llegado. Una Gestión Cultural que reconozca nuestro modo de vida, tendrá que considerar nuestras patologías de amnesia colectiva y seguir insistiendo en iniciativas como las del Ministerio de Cultura, que ve en esta última un camino posible para la convivencia. Para que en nuestro territorio podamos hablar libremente de un respeto por las diferencias y las identidades, primeramente tendríamos que contar con un respeto por la vida y por la posibilidad de volver a confiar en el otro. Una apuesta ética de la gestora y el gestor cultural es la de volver a confiar en el otro como

garantía para empezar a construir. Nos dice también Ospina:

Para que en nuestro territorio podamos hablar libremente de un respeto por las diferencias y las identidades, primeramente tendríamos que contar con un respeto por la vida y por la posibilidad de volver a confiar en el otro.

“Hoy los colombianos somos víctimas de los tres grandes males que echaron a perder a Macondo: la fiebre del insomnio, el huracán de las guerras, la

hojarasca de la compañía bananera. Vale decir: la peste del olvido, la locura de la venganza, la ignorancia de nosotros mismos que nos hizo incapaces de resistir a la dependencia, a la depredación y al saqueo. La exuberante Colombia parece haber perdido la memoria, parece haberse extraviado en su territorio, como esos personajes de Rivera a los que se tragó la selva, y parece haber perdido toda confianza en sí misma, hasta el punto de no creer que haya aquí ninguna singularidad, ninguna fortaleza original para dialogar con el mundo. Es, por supuesto, una mala ilusión, porque el mundo sabe, a veces mejor que Colombia misma, que el país está lleno

de originalidad y de lenguajes vigorosos. Pero es necesario que Colombia lo sepa también” (Ospina, 2002).

En sintonía con lo anterior, Gabriel Restrepo planteaba recientemente en la fase participativa de los planes distritales de arte, cultura y patrimonio de Bogotá –en una tónica muy falsbordiana–, que la Gestión Cultural representa hoy día una gestión “tramática” de la cultura:

“que a la vez nos permite transitar del sentimiento a la razón y de la razón al sentimiento, de modo que nuestro sentimiento sea razonable y nuestra razón sea sensible y podamos transformar nuestros resentimientos en reconocimientos mutuos” (Restrepo, 2011: 5).

Esta noción de gestión “tramática” se refiere a la capacidad de los y las gestores:

“para servir como la urdimbre en la creación de tramas, de modo que se religuen espacios y actores distintos: la escuela y las casas de cultura, la educación preescolar, básica y primaria con las universidades, la empresa y la cultura, lo público y lo privado, la familia, la comunidad y la sociedad. Así como de drama se deriva el sustantivo dramático, así de trama podemos crear el neologismo ‘tramático’ para significar una acción de mediación que religa las diferencias, comprendiéndolas. El gestor cultural es un creador y un mediador por excelencia” (Restrepo, 2011: 6).

Las palabras anteriores tocan otros puntos álgidos que son latentes en el campo de la Gestión Cultural en Colombia: por un lado, resalta la necesidad de ser mediadores –no competidores– entre distintos agentes

y procesos. El campo de la cultura debería ser cada vez más amplio y para ello es fundamental contar con las alianzas y sinergias dentro del sector; el reto de construir una cultura de paz requiere de esos consentimientos. De otro lado, habremos de reconocer que existe una cultura política débil en el país, que está atravesada por el fenómeno de la corrupción y que en algunos casos desafortunados no dimensiona las posibilidades que puede traer una mayor atención al campo de la cultura. Otro reto para las y los gestores culturales es el de conquistar los escenarios públicos, institucionales, fortalecer y renovar nuestra cultura política; de allí la importancia de que profundicemos sobre estas discusiones en los espacios académicos y públicos, en nuestro quehacer “tramático”.

La cultura desde una perspectiva territorial-ambiental

El sociólogo Ulrich Beck plantea que estamos viviendo “una sociedad del riesgo” que se caracteriza por la socialización de las amenazas y la destrucción de la naturaleza, ocasionadas por el máximo desarrollo de la modernidad y su paradigma científico-tecnológico (Beck, 2002). Dado que dichas amenazas se han socializado a escala global, superando las distinciones de cualquier tipo, el autor arguye que los problemas ambientales se han convertido en problemas económicos, políticos, sociales y culturales. En este sentido cobra una importancia central el trabajo adelantado por el grupo de investigación Pensamiento Ambiental de la Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales, y sus aportes al pregrado de

Gestión Cultural y Comunicativa. A simple vista, cualquier persona podría pensar que estas discusiones e intervenciones obedecen a ámbitos distintos e incompatibles. No obstante, los problemas ambientales que vivimos en el presente obedecen a un paradigma de pensamiento y, por lo tanto, a una cultura que fundó sus pilares sobre la idea de que la naturaleza estaba al servicio del hombre, y el progreso mismo de esa cultura se midió por la domesticación instrumental de la naturaleza. Por lo tanto, difícilmente podemos entender hoy día una Gestión Cultural que prescinda de una perspectiva territorial y ambiental, que sepa leer las potencialidades así como los conflictos que se dan en cualquier contexto, de manera que podamos construir perspectivas de desarrollo integrales y, por qué no, alternativas, frente a aquellos modelos que lo único que han conseguido es profundizar los riesgos de la vida en la Tierra.

Una Gestión Cultural que tenga en cuenta la perspectiva ambiental-territorial, tiene como reto aterrizar dichos problemas en la dimensión cotidiana, diseñar estrategias y metodologías que acerquen estas discusiones a las personas y colectividades y no dejarlas atrapadas en las aulas. Por ello son campos y dimensiones complementarias.

Sintonizarnos con las dinámicas y transformaciones globales

La Gestión Cultural entendida como campo profesional es reconocida hoy globalmente, y

muchas de las organizaciones e instituciones dedicadas a su formación y articulación han mostrado una interesante capacidad para aprovechar las posibilidades de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Es necesario también analizar las transformaciones que dichas tecnologías han ocasionado en las formas de producción y recepción de la cultura; la digitalización ha provocado la reestructuración de las industrias culturales y creativas, así como el desarrollo de una economía que se basa más en los derechos que en los productos. En este sentido es fundamental actualizar las informaciones relativas a los nuevos ámbitos de los derechos de autor y derechos de propiedad intelectual, no solo para garantizar determinados beneficios y protecciones, sino para explorar y exigir las posibilidades de democratización de la información y de algunas producciones que tienen significados colectivos invaluable. Si bien la digitalización no ha podido desplazar el carácter oligopólico de la industria cultural, sí ha logrado ampliar considerablemente las posibilidades de producción de artistas independientes, de diversificar las ofertas culturales, en pocas palabras, de hacer más participativas y democráticas las condiciones de producción cultural.

De otro lado, hoy se torna limitado investigar las prácticas, los significados y los procesos culturales por fuera de esta mediación tecnológica. La presencia que las redes sociales en *Internet* –los *blogs*, los clubes de amigos, entre otros espacios virtuales– tienen en la cotidianidad de la mayoría de los jóvenes y sectores medios urbanos, nos plantea otra serie de retos teóricos, metodológicos y éticos. No obstante, es importante considerar que más

allá de incluir estos problemas en nuestros corolarios, también exploremos los medios y lenguajes que nos proporcionan las TIC como herramientas de nuestra propia gestión académica y comunicativa.

Finalmente, una Gestión Cultural exploradora e investigativa

La única distinción que considero legítima entre una profesión en Gestión Cultural y el quehacer de miles de gestores culturales empíricos, es que en la primera hay un interés fundamental por interpretar los modos de vida, los significados y sentidos compartidos por un colectivo, para así servir entonces como mediadores en los procesos de organización y gestión de los mismos. Las políticas y las herramientas de planificación y *marketing* son fundamentales, pero afortunadamente están disponibles en esquemas que están al alcance de todas y todos los gestores culturales –ver por ejemplo los marcos lógicos diseñados por las agencias de cooperación internacional o las convocatorias a los programas de concertación del Ministerio de Cultura–. Lo que nos diferencia del resto de las hormigas soñadoras que somos todos los Gestores Culturales, es que nosotros tenemos la posibilidad de estar un tiempo considerable

en la universidad explorando, aprendiendo a investigar, encontrándonos con personas que han dedicado su vida a esa tarea y que creen en la posibilidad de reconciliar la escisión entre el pensamiento y la acción que hoy parece amenazar a los claustros académicos y a las sociedades occidentales. Un tránsito como estos sin duda debe estimular una apertura de nuestras ideas y sensibilidades frente al universo de la cultura, pero todavía tiene grandes retos epistemológicos y éticos que esperamos haber contribuido a nombrar en este ensayo. Más aún, los retos se ensanchan cuando pensamos en los caminos y metodologías para llevar adelante el sentido de la Gestión Cultural: todavía hay que explorar con mayor apertura experiencias y propuestas de la educación popular, la cartografía social, el trabajo sobre memoria y narrativas, aquellas

Todavía hay que explorar con mayor apertura experiencias y propuestas de la educación popular, la cartografía social, el trabajo sobre memoria y narrativas, aquellas que exploran las corporalidades, los diagnósticos menos acartonados.

que exploran las corporalidades, los diagnósticos menos acartonados. En conclusión, podemos plantear que la Gestión Cultural es un camino que se construye en la medida en que se transita; solo así vamos madurando y reconociendo nuestras limitaciones y posibilidades. Pero nunca puede detenerse en su tarea interpelante y creativa porque el carácter dinámico de las culturas así lo requiere. Habremos de seguir caminando con los pies en la cabeza, muy abiertos, sensibles a los cambios y retornos que habitan este tiempo y también a los que están por venir.

Bibliografía

- BECK, Ulrich. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Ed., 2002.
- BENJAMIN, Walter. La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. En *Discursos Interrumpidos I*. Madrid: Taurus Ediciones, 1973.
- FALS BORDA, Orlando. Ciencias Sociales, integración y endogénesis. En *Grandes conferencias de la Facultad de Ciencias Humanas I*. Bogotá: Universidad Nacional, 2003.
- FEATHERSTONE, Mike. *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires - Madrid: Amorrortu Ediciones, 2000.
- JAMIOY, Hugo. *Danzantes al viento*. Manizales: Juabna de América - Ediciones Indígenas, 2005.
- NOGUERA, Ana Patricia. *El reencantamiento del mundo*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia - IDEA, 2004.
- ORTIZ, Renato. *Otro Territorio*. Santa Fé de Bogotá: Ed. TM, 1998.
- OSPINA, William. Colombia en el planeta (relato de un país que perdió la confianza). Revista *Número*, 2002, no. 32.
- RESTREPO, Gabriel. *Política cultural y desarrollo en Bogotá: de la ciudadanía a la conciudadanía*. Fase participativa de la formulación de los planes distritales de arte, cultura y patrimonio. Bogotá, 2011.
- WILLIAMS, Raymond. *Cultura y Sociedad* (1961). Buenos Aires: Ed. Nueva Visión, 2001.
- YÁÑEZ CANAL, Carlos. *Por los caminos hacia la identidad personal*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia, 2006.